

EL DIARIO MURCIANO

DIRECCIÓN: CALLE DE VICTORIO, 53. — PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES — NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

AL DIA

En el Círculo de Bellas Artes,

En la noche del domingo, según teníamos anunciado, se celebró la velada literaria en honor al malogrado murciano el eminentemente crítico y poeta D. Federico Balart, organizada por la incausable junta de tan culta sociedad.

Por los trabajos leídos, que fueron muchos y escogidos y por la selecta concurrencia, podemos asegurar que la velada resultó brillantísima. Los señores Vifias, Villagomez y Adame, (artistas de la compañía de Roma) leyeron artículos y poesías de Blanca de los Ríos, Perez Zúñiga, Grilo, Carlos Cuenca, Herranz, y Esteva Ravasa y los señores Hoyos y Masegosa y Selgas Ruiz presidente del Círculo, las de Serrano de la Pedrosa, Blanco Rojo y Jara Carrillo.

Los Sres. Llovera, Sanchez Melrigal, Martínez Ternel, Dotras, Tolosa Hernandez y Carlos Cano, leyeron sus respectivas notables concepciones escritas para honrar la memoria del ilustre murciano gloria de la literatura española.

El secretario señor Martí dió principio al acto dando cuenta del objeto de la velada, enumerando los nombres de los literatos y poetas que en ella tomaron parte.

El trabajo leído por D. Carlos Cano fué verdaderamente notable, porque en él biografía al insigne autor de Dolores, dándonos á conocer dos hermosas composiciones, que podemos apellidar los crepúsculos de su vida, puesto que fueron la primera y la última que escribió el insigne Balart.

También fue on celebradísima las moraljas del mismo por su inimitable gracia.

El Sr. Selgas en elocuentes frases, dió gracias á la distinguida concurrencia que honró el solemne acto y á los poetas que en la velada tomaron parte, terminando su breve discurso con un cariñoso recuento á la familia del ilustre finado, al propio tiempo que hacía constar el profundo sentimiento que sentía la sociedad por el fallecimiento de su presidente honorario.

El Sr. Selgas fué justamente ovacionado á la terminación de su inspirado discurso.

No queremos terminar estas líneas sin manifestar cuán doloroso nos es, el ver la poca, mejor dicho, la ninguna protección que se le dispensa á una sociedad digna por todos conceptos de ser apoyada por los intelectuales de Murcia, puesto que en la noche del domingo se dió el caso de que habiendo sido in-

vitados todos los centros oficiales docentes y autoridades civiles, eclesiásticas y militares con el plausible fin de honrar al gran Balart, solo se dignaron asistir la Sra. Directora de la Normal, y presidentes de la Sociedad Económica y Círculo Católico, D. Vicente Perez Callejas y D. Mariano Palarea.

Muy lamentable es lo ocurrido, pero es más de lamentar que contando la sociedad con doscientos y pico de socios, solo concurrieran á la velada de que damos cuenta una cuarta parte de los mismos, lo que dice muy poco en favor del Círculo y demuestra el escaso amor que profesan al cultivo de las artes y la literatura.

La junta, dolorosamente impresionada del resultado obtenido, presentó anoche la dimisión con carácter irrevocable.

El conflicto nos parece de difícil solución y creemos que el Círculo de Bellas Artes figurará en breve plazo en el catálogo de «El Liceo», «El Orfeón», «La Ilustración Murciana», «Santa Cecilia», «La Juventud», «El Ateneo» y «Fernandez Caballero».

Sentiríamos que así sucediera, pero dada la indiferencia y apatía de los murcianos, resultarán ciertos nuestros presentimientos.

No vamos á ninguna parte.

UNA TARDE CON BALART

¿Cómo no había de conocer y admirar á Balart si á los diez y siete años era uno de mis Mentores políticos y literarios!

Podía faltar á clase un día entre semana (habrá quién se complazca seguramente en decir que faltaba bastantes), pero os juro por lo más sagrado, que en un solo domingo por la tarde faltaba yo en el Café Imperial, donde me presentaba después de realizar dos compras; un cigarro puro que se lo abrecha conmigo en estatura y el *Gil Blas*, periódico republicano redactado por Rivara, Palacio, Robert, Balart, Eusebio Blasco.... los infelices que se usaban entonces.

Y en el Café Imperial, entre chupos de café, tragantadas de república y ansias de muerte que me producía el gigantesco cigarro, pasaba una tarde deliciosa.

Ni entonces ni nunca traté á Balart, porque los murcianos somos así, despegadillos y malos jueces unos de otros; y como resultado de esto, se nos puede aplicar perfectamente aquello de «iban dos por tres calles y se empujaban».

Pero andando el tiempo y ya muy lleno yo de las negruras y tristezas que la lucha por el solomillo proporciona á los que no podemos ver los garbanzos, encontré una tarde á D. Federico en Fornos en un círculo de amigos.

Con el exquisito tacto que he tenido toda mi vida, lo primero que hice fué hablarle mal de la ópera italiana, que fué como si le hubiera pisado un callo.

D. Federico se resolvió prestamente en defensa de la pobre *Luccia* á quien yo había dado villanamente un *melido*, y sus réplicas vivas y precisas me desconcertaron y me hicieron comprender que no estaba en presencia de uno de tantos disertadores de mesa de café.

Mi última objeción fué la siguiente:

—Con todo eso, D. Federico, no me negará usted que á los amigos del novio invitados á los esponsales, para darle la enhorabuena y manifestarle su alegría, se les ocurre entonar un trémulo canto guerrero....

—Porque son guerreros ellos; —contestó Balart como un rayo.

Después cuando advirtió sin duda que me pesaba haber contrariado su afición, dió á su palabra un tono más íntimo y expansivo y me contó algunas cosas que yo he guardado en la memoria como joyas de inapreciable valor:

Habla D. Federico:

De como se prestan servicios al Estado:

—Era yo jovencuelo y tenía un destinejo, no diré de mala muerte, pero sí de mala vida, en la Biblioteca Nacional.

Un día, los compañeros recibieron una noticia que no se atrevían á comunicarme de sopetón y que me fue on dando en pildoritas de adas.

Mi destinejo había sido prometido á un señor que *había tenido una librería*.

Esto, en aquellos tiempos, quería decir dos cosas: primera, que aquel señor había tenido una biblioteca para su uso particular como hoy la tiene cualquiera; segunda, que yo podía darme por muerto ó por cesante desde el momento en que pretendía mi destino un señor que había tenido una librería.

Tanto pudo en mí la curiosidad, que averigüé que aquel bendito señor jamás había tenido la menor afición á los libros;

pero se le murió un pariente que tenía en la Mancha y heredó, con un olivar, algunos trigales, una casa y un par de estantes llenos de libros. Dió orden de que éstos fueran vendidos en el pueblo, recibió su importe en Madrid y, con tan formidable antecedente, pretendió y obtuvo mi destino.

Y aquí empieza lo chusco.

Aquel señor se presentó en la sala de la Biblioteca donde yo había trabajado, miró y remiró atentamente puertas y ventanas, instaló una silla en el punto que le pareció más apartado de corrientes de aire y paso de visitantes; y con el brasero á los pies en invierno y el abanico en las manos en estío, comenzó á prestar servicios al Estado.

Como yo tenía que consultar algunos de los libros que en la sala había, para los estudios que traba entre manos, pedía tal ó cual volumen y el hombre, levantando hácia mí su cara fresca y redonda, animada de la más placida sonrisa, me contestaba lo mismo que á cualquier otro concurrente á la Biblioteca:

—No lo hay.

—¿Que no lo hay! ¡Pero si lo había hace un mes!

—Sí, lo había. Pero se perdió.

—Perdone usted; desde aquí me parece que lo estoy viendo. Está en aquel estante, en la segunda tabla....

—Bieno; pues cójalo usted; —y sin descomponerse ni dejar su sonrisa, volvía á abanicarse ó á echar *flamas* en el brasero.

¡Pobre Federico!

Otros habrán profucido en mayor cantidad que él; pero ninguno le igualó en talento y en buen gusto: Sabía remontarse y ver desde donde miran las águilas; todo aparecía á sus ojos limpio, nito, distinto; y así le era fácil explicarlo clara, lisa y llanamente. Su pensamiento baja como la lluvia del mismo cielo; su estilo permite contar las arenas del fondo como la liña del arroyo.

F. Serrano de la Pedrosa

SIEMPREVIVA

Yo guardo una siempreviva que anteayer tarde me dieron, aquí está, y aunque no valga lo que otra flor, la conservo como el aváro en su caja guarda su vida: el dinero.

Esa flor presta á mi número, á mi pobre entendimiento tan sublime inspiración cuando escribir algo quiero, que yo, desde hace tres días no dudo que soy un génio, pues escribo en dos segundos inspiradísimos versos, artículos literarios y hasta dramas... en sonetos.

No es extraño que mi nombre dentro de muy poco tiempo figure entre los poetas, de prestigioso talento.

Este cambio tan notable que ha sufrido mi cerebro, lo debo á la siempreviva que anteayer tarde me dieron.

Esa flor vale un tesoro; por nada la doy ni vendo. ¡De la tumba de Balart me la dió un ángel del cielo!

RAMON BLANCO

Las anteriores composiciones fueron leídas por D. M. de Hoyos y Masegosa en la velada de Bellas Artes.

DE TODAS PARTES

Perro suicida

En Ballonne, una de las poblaciones de Norte-América, un perro muy inteligente intentó suicidarse hace poco tiempo, y de este hecho dan abundantes detalles los periódicos yanquis.

El chuchó en cuestión fué lanzado por un automóvil contra un muro, rompiéndosele una pierna en el choque.

El perro se puso tan triste desde entonces, que se dirigió un día á uno de los estanques de aquella población, arrojándose al mismo desde una altura de siete metros.

La casualidad hizo que varios chiquillos que jugaban en el estanque acudieran en auxilio del perro, que una vez salvado, se retiró como arrepentido de su acción.

Unión de mares

Vuelve á tratarse en Rusia de llevar á cabo el grandioso proyecto de unir por una vía de canales, los mares Báltico y Negro, aprovechando la corriente de los grandes ríos que atraviesan el imperio ruso. Mr. Máximo-vitch, ingeniero jefe de las comunicaciones de Polonia, está encargado de preparar el proyecto. El establecimiento de dicho canal sería un acontecimiento de gran importancia política y comercial.

